

LAMAS CARVAJAL, VALENTIN (1849-1906)

LAS DOS PERPETUAS

(Leyenda Segunda –
Continuación de La Monja de San Payo)

Al Sr. D. Antonio Romasanta y Guede
Licenciado en medicina y cirugía

Mi querido y respetable amigo: Jamás me olvidaré. Hace seis años que mi situación era tristísima y desesperada; privado de ver la deslumbrante luz del Sol, el espléndido y encantado tesoro de la Naturaleza, el rostro de las personas que me eran queridas, arrastraba en silencio una existencia amarga, una cadena interminable de dolores formada por meses de continuo martirio, por días angustiosos y eternos, por horas lentas y atormentadoras. A vuestros profundos conocimientos en la ciencia médica, y en especial en las enfermedades de los ojos, a vuestros solícitos desvelos, debo el haber recobrado la vista; desde entonces nos une una secreta simpatía, un lazo íntimo, una cariñosa y sincera amistad nacida sin duda, en vos, de la satisfacción que experimentaríais en presencia de uno de vuestros triunfos científicos, en mí, del agradecimiento.

Alumno del cuarto año de la Facultad de Medicina en la Universidad Literaria de Santiago, oyendo la voz de vuestro patriotismo y generosos sentimientos, habéis partido voluntariamente al campamento de Africa para auxiliar con vuestros cuidados a los sufridos y valientes soldados españoles que caían heridos en el campo de batalla luchando denodadamente contra las bárbaras Kábilas de los sectarios de Mahoma que pretendieran mancillar el acrisolado honor de la siempre indómita y vencedora España. Este hecho os honra sobremanera y habla muy alto en favor de vuestro nombre.

En el transcurso de seis años pude apreciar el verdadero valor de vuestros sentimientos humanitarios, vuestras excelentes cualidades y virtudes. La multitud de pacientes que diariamente acudían a vuestro Gabinete, muchos de los cuales eran pobres de solemnidad y que sin embargo asistíais con delicado esmero y cariño, las justas alabanzas que os tributaban y las bendiciones que pedían al Cielo para vos, los comprobaban claramente. Yo, que tengo una suprema satisfacción en hacer bien a mis semejantes, gozaba y me enorgullecía de contar en el número de mis amigos a una persona que como vos cumplía tan religiosamente con la sagrada -misión que el Médico tiene sobre la tierra.

La desgracia, o Dios que quiere probar mi paciencia, me tienen enfermo hace ocho meses: a mi lado no sois el médico que examina escrupulosamente las alteraciones

patológicas del organismo, no sois el médico que diagnostica y formula, sois el amigo cariñoso que reanima al espíritu abatido, que infunde esperanzas y consuelo en el corazón que sufre, que, distrae con sus amenas conversaciones al hombre que padece: al médico podía pagarle con un puñado de oro, al amigo sólo puede pagarse con gratitud y amistad. No sé como expresaros la mía, os dedico esta Leyenda, pobre ofrenda si se atiende a su mérito, joya de gran valor si se tiene en cuenta el afecto que la inspira y lo mucho que amo a mis versos. No soy adulador, os la dedico como un recuerdo de cariño, como una recompensa de vuestra amistad y por satisfacer una deuda del corazón: al dedicárosla debo hacer presente que hay un hombre que se interesa vivamente por vuestra felicidad, por la de vuestra virtuosa y angelical esposa y por la de vuestros inocentes hijos; un hombre que desconoce el porvenir que le espera, pero puede asegurar que feliz o desgraciado en cualquier parte que se encuentre siempre tendrá para vos el recuerdo grato de vuestra amistad, ese hombre es

Valentín Lamas Carvajal

LAS DOS PERPETUAS

I

PARTE DE UNA HISTORIA QUE FORMA PRÓLOGO

Agena a los amargos desengaños,
De un sacerdote anciano en compañía
En esa edad dichosa de quince años
La bella Inés vivía.

Ninguna nube de pesar empaña
Su ruborosa frente alabastrina
Y al sentimiento del amor extraña
Vive libre y dichosa,
Como vive la rosa purpurina
Allá en el interior de la montaña,
Al arrullo del aura cariñosa.

Sabe que existe, mas aún no comprende
El objeto a que tiende su existencia,
Sabe que hay mundo, pero no lo entiende;
¡Oh, venturosa edad de la inocencia!

Como un sueño de amor pasa la vida
Del mundanal bullicio retirada
Dando en su pecho a la virtud cabida,
Y en su inocente ensueño adormecida

Vuelan las años de su edad dorada.

Le dijeron "hay Dios", y lo creía,
"Es ;preciso adorarlo", y lo adoraba
Y la oración su labio repetía
Cuando su alma quizá no comprendía
Todo el poder del Dios a quien oraba.

De libros, solo ha visto el *Calendario*,
El Catecismo y el *Camino Recto*,
Traduce algunos trozos del *Breviario*
En estilo imperfecto
Y en los cuales se goza y se recrea;
No hay para ella más dicha que el rosario
Ni sociedad más grata que su aldea...

Con estas condiciones
Y con su vida austera y religiosa,
Satisface, por hoy, las ambiciones
Del sacerdote anciano nuestra hermosa.

En cuanto a D. Froilán (este es su nombre)
Tal es la vida que hace como hombre:
Cuando el alba despierta
Ya está su sacristán, aluna bendita,
Pulsando el aldabón del ancha puerta.

De la casa magnífica que habita;
Responde al matutino llamamiento
Un "¡allá voy!" del ama
Que se viste azorada en el momento
Por no hacer esperar al que la llama,
Que al fin un sacristán no es un hambriento.

Corren los dos a despertar al cura
El cual aun perezoso se encarama
Sobre el colchón mullidlo de la cama,
Luego en voz baja una oración murmura,
Se persigna y se viste con cachaza
Pues, según su opinión, siempre la prisa
Causó mil desazones a su raza;

Va después a la iglesia y dice misa.
Ya de regreso, en paz se desayuna
Hecho lo cual una hora se recrea
En hablar con las gentes de la aldea,

Toma las once, come bien a la una,
Duerme la siesta y luego se pasea
Hasta entrada la noche, en cuyo caso
Acelera algo el paso
Para llegar en breve a su morada;

Reza sus oraciones de costumbre;
Si es del invierno la estación helada
Se calienta a la lumbre;
Si el caluroso tiempo del verano,
Toma el fresco en el campo más cercano,
Hasta que alguno de su servidumbre
Le avisa de que está la mesa puesta,
Va luego al comedor, cena y se acuesta;

Y asoma el nuevo día
Y él prosigue su clásica tarea,
Pues ya por convicción o por manía
Opina que le da la paz que ansía
La vida sedentaria de la aldea.

El no harte mal a nadie, bien tampoco,
Y así cree cumplida
La misión que lo tiene en esta vida
Y todo lo demás le importa poco;
No se inquieta por nadie ni por nada;

Si va algún feligrés y lastimero
Le confiesa que el hambre despiadada
Amagó su familia un día entero,
El responde con voz triste, afectada
"¡Cuánto causa la falta de dinero!"

Si llega alguna madre sin consuelo
Al saber que perdió su hijo en la guerra
Y le dice que está sola en el suelo,
El replica a la vez: "¡Válgame el cielo,
Todas son desventuras en la tierra!"

Y si un vecino honrado
Le advierte que en el pueblo hay mucho vicio
Y que escándalos mil y en sumo grado
Se suceden con hondo perjuicio
De la moral cristiana y la inocencia,
El objeta con tono moribundo
"¡Hay que tener paciencia..."

Y qué se le ha de hacer... cosas del mundo!"

Mas no cause extrañeza, el menos ducho
Sabe que hay siempre en este mundo loco
Hombres que comen y se cuidan mucho,
Pero que piensan y que sienten poco.

Es el padre de Inés, el descendiente
De una noble familia de Galicia,
Harémosle justicia
Su retrato copiando exactamente.

¡En cuanto a su figura es alto, escueto,
Hundidos en las órbitas sus ojos
Ágiles giran con afán inquieto,
En conjunto parece un esqueleto
Que después de cubierto con despojos
Se fugó del recinto de una huesa,
Vamos al fondo que es el que interesa.

La plena posesión de una fortuna
De un vallar codiciado y fabuloso
Y el elevado rango de su cuna,
Le hicieron de un carácter caprichoso;
En nada puede hallar paz ni recreo
Puros todo le repugna y le fastidia,
Y verdugo cruel de su deseo
Con el poder de sus pasiones lidia.

Juzga que todo el que lo ve lo envidia
Y esquiva con los hombres roce y trato;
Así ajeno y extraño a todo afecto
En cada amigo sólo ve un ingrato
Que según la ocasión cambia de aspecto.

Cuanto la cólera incremento toma
Dentro de su alma, de odio palpitante,
plega sus labios e instantánea asoma
Una sonrisa en ello insultante;
Sonrisa irónica que emplea en todo
Con la misma frialdad, su gozo o pena
Expresa en su semblante de igual modo
Con aquella sonrisa de odio llena;
Ni urna idea noble en su interior sugiere,
Y aunque el valor de su fortuna aprecia
No sabe lo que busca ni que quiere,

Todo estima a la vez y lo desprecia.

Hace ocho años que perdió a su esposa
Y otros tantos que su hija cariñosa
Sin saber la razón, se ve privada
De gozar del placer de su presencia
Y en el retiro de la aldea, aislada,
Consume su hennmsura y su existencia.

Tiene esa hija. Hasta ahora como padre
Ha podido saber tan solo de ella
Que es el vivo retrato de su madre,
Que es inocente, angelical y bella;
Por lo demás descuida su cuidado
Y el tiempo en otras atenciones gasta.
Confió su custodia a su cuñado,
Sabe la cuida bien y esto le basta.

Vive en Madrid, y entre la lucha vaga
Del mar de decepciones en que boga,
Halla un calmante a la profunda llaga
De su dolor, y su ambición ahoga;
Y aunque el vulgo lo cubre de mancilla,
Don Felipe Avendaño (así se llama)
Goza en la ilustre ocorte de Castilla
Del favor del monarca, de honra y fama.

Este ser que sepulta, a su despecho,
Dentro del alma su profundo hastío,
No tiene corazón según sospecho
O si lo tiene debe ser muy frío.

Volvamos hasta Inés que, solitaria,
Pasa las horas de su edad más pura,
Cual reclusa, escondida pasionaria
En el seno interior de la espesura.

Ya no es aquella niña candorosa
Que se creyó dichosa
Recorriendo las cuentas del rosario,
Y pasando la vida silenciosa
En aquel pueblecillo solitario.

Hoy quizás sin razón o convencida
Mira las cosas toda lo contrario
Y le pesa y le daña aquella vida:

Y es que la rosa ve que se consume
Sin exhalar su virginal perfume,
Es que despierta el alma y cariñosa
Busca las dichas de un amante arrullo,
Es que al fin la oprimida mariposa
Quebrantó la prisión de su capullo,
Y deslumbrada con la luz del día
Absorta al ver sus caprichosas galas
Loca de orgullo y entusiasmo ansía
Tender el vuelo de sus ricas alas;

Es que aquel corazón que estaba muerto
Vivió a la vida al eco de un latido
Y sensible al amor yace despierto
A impulsos de un poder desconocido.

Ahora pasa las horas abismada
En éxtasis bendito
Y cual si viera allí su signo escrito
Tiende su hermosa, lánguida mirada
Por la inmensa extensión de lo infinito,
Y allá de noche en la serena calma
Cuando el delirio de sus sueños crece
En cada estrella piensa ver un alma,
Que cual ella también sufre y padece.

Así pasaron días, al fin uno
El acaso, o la fuerza del destino
En un tiempo precioso y oportuno
Puso el germen del bien en su camino.

Desde Madrid su padre le mandara
Un hermoso pañuelo
¡Feliz contraste, coincidencia rara!
Al arrojar al suelo
El ajado papel que lo envolvía,
Una voz atractiva y misteriosa
Habló a su corazón y le decía:
"Abandonas la joya más preciosa"
Inés, como mujer era curiosa,
Ávida de interés cogió el fragmento,
Fijó en él una rápida mirada
Y lo guardó después, determinada
A solas a leerlo en su aposento;
Cual lo pensó lo hizo, el mismo día.

Entre la calma de la noche, ansiosa
Sus simétricas líneas recorría
Con inquietud nerviosa,
El extraño papel así decía:

“La Mujer y El Amor”

¿Viste en el prado, pura y olorosa,
Gentil alzarse entre otras mil ufana
una gallarda y purpurina rosa?
¿La viste al despuntar de la mañana
En la estación ardiente del estío
Lucir sus galas sobre el tallo erguida
Coronada de gotas de rocío,
Llena de gracia, de hermosura y vida?
¿Viste el sol al hundirse en Occidente
Vertiendo rayos de su luz más bella,
Aumentar los hechizos de su frente
Con los fulgores más brillantes de ella?
Y luego al trasponer el alto monte
Cuando solo ilumina el horizonte
Esa luz del crepúsculo indecisa,
¿No escuchaste a su lado
El rumor de algún beso apasionado
Que su rostro al tocar le da la brisa?

Así pasa la flor su hermosa infancia
Llena de luz, halagos y fragancia,
Próxima a deshojarse, antes que esquivas
Algunas manos sin piedad la ultrajen,
Ostras con más bondad y compasivas
Llévanla entre jazmín y siemprevivas
Para ornar el altar, de alguna imagen,
Y después que se mustia, ya rugosa,
De allí va destinada
A perfumar el cofre de una hermosa
Donde muere de joyas rodeada;
En él, su esencia virginal revive
Y el balsámico olor del ámbar toma;
Murió la flor, pero la esencia vive
La hoja secó, pero aun exhala aroma.

¿Viste también del bosque entre el follaje
Prisionera pasando en su maceta
Una vida monótona y salvaje
A una pobre olvidada violeta,

Que oculta allí, sin ver en su presencia
La luz del sol que todo fecundiza,
Arrastra una raquítica existencia,
Siempre pálida, triste y enfermiza?

Y aun para más dolor, a su despecho,
¡Cuántas veces oculta entre la sombra
Sirve a los pies del labrador de alfombra!
¡Y cuantas formará parte del lecho
Del reptil más inmundo y asqueroso!
Así pasa esa flor su pobre vida
Hasta que un día por su aciaga suerte
La deja en un fragmento convertida
Un golpe rudo que le dé la muerte.

¿Y después de morir? El hado impío
Hará que sea con furor insano
Juguete de las aguas de algún río
O pasto de los peces de un pantano.

Si compara estas fiaves estudiosa
Alguna vez tu fantasía inquieta,
Es preciso que sepas, niña hermosa,
Que la mujer que ama es esa rosa,
La mujer sin amor esa violeta.

La que le falte esa divina gracia,
La que al amor indiferente mira,
No es mujer, es un ser que en su desgracia
Sólo desdén o compasión inspira.

¡Oh amor divino cuantas penas calmas...
Cuantos dolores con tu afán olvidas...
Unes en una el ansia de dos almas
Y en una aspiración la de dos vidas!

Al terminar la joven la lectura
Exclamó suspirando: "Ya comprendo
La causa del dolor y desventura
Que viene mi existencia consumiendo;
Deseo romper la esclavitud odiosa
Que hace tiempo mi espíritu sujeta,
Yo quiero amar para vivir dichosa;

¡Animo, corazón, eres violeta,
Desde hoy procura transformarte en rosa!"

Y ¿qué sabe la virgen inocente
Si esa pasión que en alentar se empeña
Es un vago fantasma que su mente
Concibe cuando delirante sueña?
¿Puede saber si la ilusión risueña
Que su alma ansiosa de placer exalta,
Ha de darle la dicha que apetece
El algo misterioso que le falta,
Y calmar los dolores que padece?

Adora un ideal, ¿mas de qué vale
Que en torno de ella su corriente afluya,
Si no encuentra otro ser que se le iguale
Ni un alma enamorada que reciba
Las tiernas impresiones de la suya
Y sus ansias recónditas conciba?
¿De qué sirve que corra delirante
Tras de esa imagen que creó y adora,
Si huye al tenerla de su afán delante
Y al pretender tocarla se evapora?

Tiene el amor su corazón abierto,
Hallar un ser que lo comprenda ahora
¡Es tan dudoso e incierto
Como ver una flor en un desierto
o la risa en el rostro del que llora.

II

AMOR DEL ALMA

Cuantos seres habitan este mundo,
Cuerpos materia con un soplo de alma
Dotada de razón y pensamiento,
Inmortal como el Dios de quien dimana;
Cuantas cruzan la senda de la vida
Mezclando sus sonrisas con sus lágrimas,
Sus ilusiones con sus desengaños,
Donde se encuentre un corazón que lata
Y un organismo que padezca y sienta,
Allí hay un hombre, una mujer que ama.

El Universo, creación sublime
Que la grandeza de su autor retrata

Las azuladas vaporosas nubes,
El deslumbrante sol, la luna pálida,
Esa infinita multitud de estrellas
Que siempre alfombran sus divinas plantas;
Son otros tantos signos misteriosos,
Dulces, sentidas y elocuentes páginas
De un poema ideal, bello y grandioso
Que nos inspira, que nos arrebató.

"Vivid y amad" nos dice ese lenguaje
Conmovedor, secreto, que nos habla
En los murmullos del plateado río,
En los suspiros lánguidos del aura,
En las canciones de las gayas aves,
En las tormentas de la mar airada,
En todo cuanto los sentidos tocan,
En todo cuanto el pensamiento abarca.

El amor es el bálsamo suavísimo
Que nuestras penas y fatigas calma,
Es la luz que ilumina nuestras sombras,
El algo que embellece nuestra nada,
La invisible cadena de diamantes
Que a la criatura con su Dios enlaza;
Es la chispa de fuego prodigiosa
Que nuestro helado corazón inflama
Dios es la esencia del amor sublime,
Es el foco de luz donde se abrasan
Y se acrisolan todos los espíritus
Creados a su propia semejanza.

Ved aquí la razón porque en la tierra
Todos los seres que por su desgracia
Cautivos en la cárcel de la carne
Una cadena deleznable arrastran
De dolor, de miseria y decepciones,
Desterrados del Cielo que es su patria,
Llevan el sello del amor impreso
En los pliegues recónditos del alma.

Por eso Inés amó con delirio
De la primer pasión que nos halaga,
Con la pureza y candidez de un ángel,
Con la inocencia de una Virgen casta;
Por eso ha sido inútil, infructuosa,
La severa y activa vigilancia

Que con ella ejercía su buen tío,
Y en vano que quisiera separarla
Del ruido del mundo, sobre todo
Era mujer, y la mujer amaba.

Ama la reina en su palacio espléndido,
El mendigo en su mísera cabaña,
El marino en la mar, el prisionero
En la oscura mazmorra donde arrastra
La cadena de hierro que le oprime;
Ama el feliz, y el desgraciado ama;
Para el amor no hay cárcel, ni cerrojos,
Ni privación, ni tiempo, ni distancia.

Haceos de cuenta que tomáis un vaso
Lleno de pura y cristalina agua,
Verted en él una porción de extracto
Una esencia suavísima, balsámica;
Derramad luego el líquido, si os place,
Quebrad el vidrio que le aprisionaba.
Y perderá la forma, pero queda
La esencia en sus fragmentos impregnada
Pues es lo mismo el corazón del hombre
Por más que de continuo le combatan
Las penas y el dolor, siempre conserva
Fijo el tesoro de su amor, su alma,
Esencia que en el vaso de la carne
La sabia mano del Creador derrama.

Fernando Valladares era un joven,
Un soñador henchido de esperanzas
Que vivía en su aldea satisfecho
A pesar de que vio desde la infancia,
El porvenir cerrándole las puertas,
La fortuna, volviéndole la espalda.

Era *artista en sentir*, era poeta,
Grande en el fondo y rudo en la palabra,
Sentía mucho y expresaba poco,
Ruiseñor escondido en la montaña,
Era luz en el fondo de un abismo
Diamante por pulir. Cóndor sin alas.

Un hombre protector y compasivo
Amante de las glorias de su patria,
Pudiera hacer de nuestro joven poeta

Una lumbrera de la ciencia gaya;
Pero en Galicia se les abandona,
Y si hay alguno que la voz levanta,
O recibe un escarnio en recompensa
O con desprecio su canción se paga.

(Y hay quien sostiene que el país gallego
Por condición del clima y de la raza
No puede producir grandes poetas),
¡Qué insigne error y que opinión tan sándia!
Aquí los gemios donde nacen mueren,
Sin darse a conocer, porque les falta
La especial protección que necesitan;
Aquí reside el mal, esta es la causa.

Fernando, pues, estaba destinado
A sepultar sus sueños y sus ansias
En el recinto de su pobre aldea,
Como perla en su concha abandonada
Solo en el mundo, pues perdió sus padres
En los albores de su tierna infancia;
Necesitaba un ser que compartiese
Con él sus alegrías y desgracias,
Una mujer amante y cariñosa,
Cual la quería, como la soñara,
Hermosa, noble, angelical y pura,
Sensible, ardiente, compasiva y cándida.

En una de las márgenes del Ulla
Entre un grupo de Alisos y Acacias,
Se alzaba la vivienda de Fernando
Que era una antigua solariega casa
Mansión de sus ilustres ascendientes,
Nobles gallegos, que con sus hazañas
Un renombre envidiable conquistaron
En reñidas y múltiples batallas.

Al frente de ella y en la opuesta orilla
Un palacio feudal sus muros alza,
Obra que fue durante el siglo quince
Mudo testigo de sangrientos dramas
Cuando los pueblos de este territorio
Con las luchas civiles se agitaban.

Fue por dos veces reducido a escombros
Y después consumido por las llamas,

La mansión señorial se vio de nuevo
Por orden de su dueño edificada.

Hoy la mano del tiempo, el abandono,
para que la tienen los que la heredaran,
La imprime cierto tinte misterioso
Que con lo bello del lunar contrasta.

En ella vive Inés; tras sus paredes
Magras, que ostentan los escudos de armas,
Entre aquellos ruinosos torreones
Donde las yedras crecen y se enlazan,
Tiene su trono la silvestre reina,
Tiene su gruta la divina maga,
La paloma, su nido y sus amores,
Su cielo el ángel, la mujer su estancia.

Inés estaba triste y abstraída;
Ya comenzaba a despuntar el alba,
La primavera regeneradora
Vestía los campos con sus ricas galas,
Daba al cielo vivísimos celajes,
Aromas y armonías a las auras.

Los que pisaron las floridas márgenes,
Que el Ulla fecundiza con sus aguas,
Sentirán un recuerdo deleitable
Al detener la vista en estas páginas.

¡Qué dulces impresiones se reciben
Al contemplar la poderosa magia
su naturaleza exuberante!
¡Qué campiñas, que bosques, que montañas!
¡Qué magnífico cuadro disolvente!
¡Qué encantado y ameno panorama!

Allí hay inspiración para el poeta,
Glorias para el amante de la patria,
Para el pintor, ¡imágenes angélicas,
Para el músico, notas ignoradas.

Cerca se ve el *Mont-Sagro*, cual gigante
Osamenta de piedra se levanta
Coronando su frente con las nubes,
Con alfombras de selvas a sus plantas;
Eterno vigilante de Galicia

De una mirada su extorsión abarca,
Sarcófago perenne de los tiempos
Los grandes hechos del pasado guarda.

A lo lejos envuelta entre las brumas
Que la cercan, confusa se destaca
La estrella del cansado peregrino
La histórica *Ciudad* Compostelana,
Donde reposa el cuerpo del Apóstol
Defensor y patrón de las Españas.

Por todas partes que los ojos fijan
Admirados y absortos sus miradas
Ven prados, bosques, mágicos jardines
Y caprichosos grupos de cabañas
En las que los humildes campesinos
Las tristes horas de su vida pasan.

Este concierto celestial, sonoro,
Esta poesía misteriosa y vaga
Estremece y agita la materia
Y conmueve el espíritu y le exalta.
¡Oh! benditas mil veces las riberas
Que el Ulla undoso fertiliza y baña!

La bella Inés abandonó su lecho,
Sentía en su ser una ansiedad extraña,
Una fiebre voraz que consumía
Lentamente la dicha que gozaba
Necesitaba una expansión dulcísima
Otra atmósfera pura y más diáfana,
Un alivio al dolor que la oprimía
Y soledad para su pena amarga.

Salió al jardín a su vivienda próximo.
Recorrió varias sendas adornadas
Con rosales, con mirtos y jazmines
Que daban al ambiente su fragancia,
Y en su trayecto fue formando un ramo
De las flores más bellas y lozanas
Que en las macetas del vergel crecían
Durante la estación suave y templada.

Por último, al impulso de un deseo,
O por alguna acción involuntaria,
Sentóse en una roca combatida

Por el choque continuo de las aguas
Del cristalino y caudaloso río.
Así pasó un momento, inmóvil, pálida,
Cual si al mágico efecto de un conjuro
Quedase convertida en una estatua.

La contempló Fernando, mudo, absorto,
Tenía ante sus ojos el fantasma,
El ideal que en los hermosos sueños
De la niñez tranquila ambicionara,
El ángel, la mujer de su destino,
La ilusión de su vida solitaria,
Vio su rizada y rubia cabellera
Que al oro más perfecto avergonzaba.
Copia fiel de los cárdenos fulgores
De las luces bellísimas del alba.

Vio su frente serena y pudorosa
Tersa y luciente como el mismo nácar,
Sus ojos expresivos, sus mejillas
Con el color subido de la grana,
Sus labios rojos, sus menudos dientes
Que en pulidez con el marfil igualan,
Su cuello de alabastro, su conjunto
Elegante y airoso, cual la palma
Que crece en los países orientales
Y bajo el clima abrasador del África;

Vio convertido en realidad su sueño,
Su visión ideal, en forma humana,
Y tal vez sin saberlo, enloquecía,
Y en su contemplación se embriagaba.

Inés se entretenía mientras tanto
En arrojar las flores a la mansa
Corriente de las aguas cristalinas,
Siguiéndolas después con la mirada
Las veía recorrer la superficie
De una manera sucesiva y rápida,
Ocultarse en la espuma, y confundirse
Con las ondas, perdiéndose en su mancha,
Cual se pierden las horas venturosas
De nuestra juventud serena y plácida.

Les faltaba seguir la misma suerte
De aquellas pobres flores desgraciadas,

Que irían a morir entre las olas
De una mar combatida por borrascas,
A dos perpetuas que en un mismo tallo
Yacían en las ruanos de la ingrata,
Cuando alzando sus ojos de improviso
Vio a Fernando que estaba contemplándola;

Sorprendidos los dos de un mismo modo,
Sin saber, confundiendo sus miradas,
Una corriente singular, eléctrica,
Al punto establecióse entre sus almas;
Ella dejó caer las dos perpetuas
De entre su mano diminuta y blanca
Exhaló un ¡Dios mío!, dulce, tenue,
Y abandonó la roca avergonzada:

Y él confuso, indeciso, enamorado,
Con el ardor de una pasión volcánica
Exclamó suspirando, al ver su imagen
Perderse del jardín entre las ramas,
"¡Ay! Señor, cuán hermosa la creaste!...
¿Será acaso la luz de mi esperanza?"

Y en su interior los dos a un tiempo mismo
Por una coincidencia sobrehumana,
Murmuraron con dulce sentimiento:
"¡Sí, me lo dice el corazón, me ama!"
Aquellos corazones se entendían,
Los dos amor y soledad buscaban ;
La identidad de aspiración y afectos
Y un mismo pensamiento los enlaza,
Alejados del mundo, sin cariño,
El soñador poeta, ella romántica,
Un horizonte de color de rosa
Les muestra el porvenir que les aguarda,
Senda de flores que ha de conducirlos
A un edén perennal de vida y gracias.

III

MENSAJES Y CITAS

Fernando e Inés pasaron todo el día
Tristes y melancólicos, ansiaban
Confesarse sus íntimos secretos,

Revelar sus deseos y esperanzas
Cual dos flores que entreabren su capullo
Uniendo en el ambiente su fragancia,
Así los dos vivían separados
En la materia, unidos en el alma.

Llegó la noche, y reina del misterio
Sobre el mundo extendió su negra gasa,
Convidando al repaso a los sencillos
Labradores gallegos que trabajan
Para pagar el oneroso impuesto
Que sobre el campo que cultivan carga.

Fernando, en su retiro silencioso
A la luz vacilante de una lámpara,
Trasladaba al papel sus impresiones;
Quería retraer en las palabras
Las ideas que se iban sucediendo
En su imaginación acalorada,
Porque extendía sobre su cabeza
La inspiración su abrasadora llama,
Y era su musa Inés, pues ya la veía
Batir en torno de él sus ricas alas,
Acariciar con suavidad su frente,
Y errar por el espacio de la estancia;

Creyose Transportado a un paraíso
Entre nubes de aljófar y de ámbar,
Y de su seductor arrobamiento
Brotó una poesía dulce, lánguida,
Cadenciosa, sencilla, melancólica,
De amor y sentimientos impregnada;
Es la expresión de un corazón que sufre,
El suspiro de un hombre que idolatra,
Un pequeño poema de ternura
Escrito con recuerdos y con lágrimas,
Poesía que muestra claramente
Su genio soñador, loco, entusiasta,
La dulzura que heredan los que nacen
Entre la soledad de las montañas
Misteriosas y bellas de Galicia,
Y la tristeza que les acampaña.

He aquí los versos que escribió Fernando
Con el ardor de su alma enamorada

MENSAJES

1

--Visión vaporosa y bella
Que errante el espacio cruzas,
¿Qué espíritus te dan vida,
O qué poderes te impulsan?
¿Qué quieres? ¿a dónde vas?
¿Cuál es tu misión? ¿qué buscas?

--Yo voy por las soledades,
Que es en donde se refugian,
Buscando las almas nobles
¡Enamoradlas que sufran;
La misión que traigo al mundo
Es de consuelo y ternura,
Dios me dio el ser a su imagen
Y sus destellos me alumbran;
Me llamo La Compasión,
Son mis ambiciones únicas
Calmar las acerbadas penas
De los que lloren y sufran.
--¿Si buscas almas que penen,
En la mía encuentras una.
--¿Cuál es la causa? --:Un amor.
--¿ Amas? --Con ciega locura.
--¿Quién es la Virgen que adoras?
--Una bellísima rubia.
--¿Y cómo se llama? --Inés.
--¿Dónde es su mansión?
--En una Encantadora ribera
De las márgenes del Ulla.
--¿Se halla tan cerca de ti?
--Esas aguas que murmuran
Al pie de río pobre estancia,
Nos separan. --¿No procuras
Hablarla un momento a solas?
--Por más que mi afán la busca
No la encuentro, soy muy pobre,
Ella de espléndida cuna,
Y vive siempre encerrada
Corno una maga en su gruta;
Mi ilusión se desvanece
Y mi esperanza se nubla
Cuando miro los obstáculos

Que con mis deseos luchan.

¡Oh! si tuviera en el mundo
Un nombre y una fortuna!
--A la virgen de tus sueños
Iré a confesar tus cuitas,
Yo la diré que la adoras
Como no adoraste nunca,
La diré que batallando
Con el temor y la duda
De si te desprecia o te ama,
Sufres mortales angustias.
--Ve, pues --¡Adiós!
--¡Que acompañe
Tu mensaje la fortuna!

2

--¿La hablaste? --Sí. --¿Qué te dijo?
--La verdad fría y desnuda
Que a palabras de los hombres
No ha dado crédito nunca,
Que duda encontrar un alma
Que sea digna de la suya;
Que es feliz y que no quiere
Perder la paz que disfruta,
Que no desdeña el amor
Mas no lo anhela ni busca.
--¡COMPASIÓN, con tu mensaje
Aumentaste mi amargura,
Me has llevado una esperanza
Y me das solo una duda.
--Iré otra vez. --Vuelve, y dile
A esa bellísima rubia
Que es para el huérfano triste
Que amor eterna le jura,
Lo que es el sol para el día,
Lo que al marino la brújula,
lo que es para el cuerpo el alma,
Lo que a la noche la luna;
Dile, que es la luz radiante,
Que mis ensueños alumbra,
La estrella de mi esperanza
Y el cielo de mi ventura;
Dile, dile, que me adore
Si no quiere que consuman

Las amargas soledades,
Las lágrimas, las angustias,
Mi desgraciada existencia
Que se halla unida a la suya.
--Voy pues. --¡Adiós mensajera
De la sirena del Ulla!

3

--¿Vuelves? --Vuelvo. --¿Qué te dijo?
--Con resignación escucha:
Me dijo que eras muy niño
Y que esa pasión que juzgas
Duradera, es como aquellos
Rizados copos de espuma
Que en el río donde nacen
Encuentran luego la tumba;
Me dijo, que te repita
Su pensar, por la vez última;
Que duda encontrar un alma
Que sea digna de la suya,
Que la olvides, cual te olvida,
Que la juzgues, cual te juzga,
Y que no sufras ni llores
Porque fuera una locura:
Pregunté si te amaría
Y me respondió... que nunca.
--¡Qué triste fue tu mensaje
Compasión, la vez segunda!
¡Me vuelves un desengaño
Cuando llevaste una duda!

¡Corazón, de nada vale
Que llores, que ames y sufras...,
Mártir, consuma el martirio...
Amarte, tu amor oculta...
Cadáver galvanizado
Vuelve de nuevo a la tumba!

¡El amante doncel pasó la noche
Formando mil proyectos, deseaba
Que llegasen sus versos a las manos
De aquella rubia angelical y cándida;
Tenía que vencer grandes obstáculos,
Sabía las costumbres y las prácticas
Que observaba el anciano sacerdote,

¿Cómo encontrar un medio para hablarla
A solas, sin testigos importunos?
¿Cómo entregarle su amorosa carta?
He aquí un problema que no resolvía,
He aquí el enigma que no descifraba.

Hablarla y verla, ya que no imposible,
Era una empresa demasiado ardua;
Toda la servidumbre del anciano
La componían una adusta ama
Que tenía el amor por un pecado,
Y al oírlo nombrar, se santiguaba,
Y dos criados viejos y leales
Como el perro mastín que vela y guarda
El portalón macizo del palacio
En que pasa las horas su adorada.

Don Froilán era un hombre poco atento,
Contrario a la etiqueta y a las farsas,
Declarado enemigo de los jóvenes,
Pues según su opinión exagerada
Sale un bribón el que parece un santo,
Y son la pesadilla de la casa
Donde viven doncellas muy hermosas
Que fácilmente con mentir se engañan;
Son leones con trajes de corderos,
Miserables hipócritas con máscara,
Cristales que se venden por diamantes,
Planchas de talco que por oro pasara.

El Alcañde del pueblo y su señora
Que las mismas ideas abrigaban,
Un Cirujano que hace más estragos
Que la fiebre amarilla, cuando sangra,
(Por lo mímico que a vicios de la sangre
La más ligera enfermedad achaca),
Un Escribano que da fe de todo,
(En la pura moción de la palabra)
¡Eran, para martirio de Fernando,
Las únicas visitas de la casa.

Otro más egoísta y menos noble
De fijo a sus amores renunciara
Teniendo que luchar con tales gentes
Insensibles a todo, y rutinarias,
Mas no por eso desistió el amante,

Nada hay difícil para el hombre que ama.

Esperó resignado a que llegase
Una ocasión propicia; la esperanza
Es el consuelo del enamorado;
Pero pasaron días y contraria
La suerte se oponía a sus deseos,
Tuvo que contentarse con mirarla.
Inés iba tomando por costumbre
El pasar una hora en la solana
Ya por tomar el aire, o bien cuidando
De sus tiestos de flores; (en su casa
Así se lo decía a su buen tío)
Esta fue una disculpa, pues la causa
De aquella variación era Fernando
A quien la joven en secreto amaba.

Un día apareció claro y sereno,
Con esa esplendidez extraordinaria
Del mes de abril, con esa transparencia
Que distingue sus plácidas mañanas
Cuando Fernando abandonó su lecho
Y fijó, como siempre, una mirada
En el palacio donde Inés vivía.
Se encontró con su imagen: en su falda
Yacía una paloma que la joven
Con solícito afán acariciaba;
Fernando respiró con alegría,
Satisfecho y gozoso al contemplarla;
La paloma era suya, en todo el pueblo
No había palomar sino en su casa.
La fortuna mostrábale el camino
Que podía llevarle hasta la estancia
De su adorada Inés, la mensajera
De sus amores y de sus confianzas.
Por medio de aquel ave, ¿no podían
Cambiar sus pensamientos en palabras
Impresas en billetes inspirados
Por la pasión y el fuego de sus almas?
Así pensó Fernando en un momento
Y este plan que formó, lo puso en práctica.

Observó varios días que aun apenas
Comenzaba a nacer la luz del alba,
Cuando ya la paloma cariñosa
Volaba hacia el retiro de su amada,

La cual la recibía alegremente
Con placer infantil, loco, entusiasta.
Determinase, al fin, tomó sus versos
Atólos a una cinta, y sujetándola
Al cuello de la tímida paloma;
Un momento después ya se encontraban
En las manos del ángel de sus sueños.
Había realizado su esperanza.
Aquel amor nacido en el misterio
Debía vivir de una manera extraña.

Lo que pasó después, nadie lo sabe;
Los secretos de aquellos que se aman
Con la pureza con que a Dios adoran
Los ángeles que bullen a sus plantas,
Sólo toman a Dios por su testigo
Como centro y espejo de las almas;
Pero puedo decir que a media noche
Al son del murmullo de las aguas
Del Ulla majestuoso se deleitan
Los dos en dulces y amorosas pláticas,
Que se despiden al rumor suavísimo
De algún suspiro que en silencio exhalan,
Que se estrechan las manos con vehemencia,
Que celebran sus citas, que se hablan.

Inés desde el balcón de su retiro
Y Fernando escondido entre las ramas
De un añoso ciprés, que está tan próximo
Que solo un corto espacio los separa;
Y entretanto las gentes de la aldea,
Unas sencillas y otras visionarias,
Aseguran que vaga por el pueblo
Una nocturna aparición fantástica,
Y unos opinan que es un alma en pena
Que por su paz una oración demanda,
Otros que es una bruja hechizadora
Que de diversos modos se disfraza,
Pues ya la ven en forma de paloma
Hendir el aire con sus blancas alas,
Conduciendo en el pico dos perpetuas
Que va a depositar en la ventana
Del aposento de la Señorita;
O ya la ven correr como un fantasma
Por entre los sembrados y los bosques
Saltando arroyos y escalando tapias,

Que se sube al ciprés todas las noches
Y hechiza a Doña Inés con sus palabras.
Esto dicen de día las ancianos,
Los niños y mujeres visionarias,
Pues de noche, por dudas o por miedo,
Todos cierran las puertas de sus casas,
Dejando al pueblo en soledad completa
Y a sus contornos en tranquila calma.

IV

ALMAS EN PENA

En un sueño de bellas ilusiones,
En un éxtasis dulce y amoroso
Se adormían los nobles corazones
De Fernando y de Inés, mientras crecía
En el vulgo, demás supersticioso,
La creencia de que, duendes, visiones
Y algún fantasma, en el lugar había.

No hay duradera dicha en este mundo
Llegó, por fin, el desgraciado día
De aquel amor purísimo y profundo
Que en la paz de los nobles vivía.

Un aldeano, antiguo guerrillero
Que al grito de la santa independencia
Peleó contra el déspota extranjero
Emperador de Francia, en su conciencia
A la opinión vulgar, no dio cabida,
Como buen militar, despreocupado,
El espectro o la bruja aparecida
Le tonían sin miedo y sin cuidado;
Mas viendo que las gentes de la aldea
Vivían temblando llenas de temores,
El ex soldado concibió una idea
Fatal para los dos adoradores.

Dijo una noche para sí: "La broma
De esa bruja maligna disfrazada
Ya de joven galán, ya de paloma,
A mi ver se va haciendo muy pesada
Y por la paz del pueblo, es ya preciso
Que el tunante que causa este bromazo

Se vaya al otro mundo de un balazo,
Que así lo tenga, ya que así lo quiso".

Esto dijo indignado
Y al punto convirtió su dicho en hecho:
Dejó su estancia, atravesó un sembrado
Paróse al fin; con el fusil terciado
Tras de una tapia púsose en acecho
Como el que quiere ver sin ser notado.

En esta posición pasó un momento,
Era la noche fría y muy oscura,
Silbaba entre los árboles el viento
Remedando sus ecos, un lamento
Funeral, al perderse en la espesura,
El pueblo se dormía silencioso
Sólo el leve rumor lo interrumpía
De las ondas del Ulla majestuoso
Y la lluvia menuda que caía
Sobre las verdes y pintadas hojas;
Rumor extraño que se parecía
A un lejano concierto de congojas
De suspiros y de ayes de agonía
Velado por la, sombra y el retiro;
Luego avanzó con paso imperceptible
La vaga forma al parecer de un hombre;
Oyóse al punto la explosión de un tiro,
Después un ¡ay! desgarrador... terrible,
Luego una voz que murmuraba un nombre,
Después de otro ¡ay!..., por último un suspiro.

Cuando al día siguiente
Se hallaban los vecinos comentando
Los hechos de la noche antecedente,
Era noticia válida y corriente
Que estaba mal herido Don Fernando,
Y hubo quien añadió con gran cautela
Que acompañado de un sirviente ha ido
Al Real Hospital de Compostela
A curar sus dolencias el herido.

Desde entonces volvieron los aldeanos
Sin temor y sin miedo a sus faenas,
Pues de entonces ni en Montes ni en los llanos
De aquel pueblo y lugares comarcanos,
Se volvieron a ver almas en penas;

Y sin embargo, Inés ciega de amores
Y Fernando que amaba con delirio
Separados sufrían los horrores
De un prolongado y bárbaro martirio;
Y en tanto que en el pueblo se creía
Que las almas en pena habían volado
Limpias de toda mancha de pecado
Al trono del Señor, Inés moría
Exenta de un dulcísimo consuelo
Pues un lento dolor la consumía
Mientras Fernando por su mal sufría
En cuerpo y alma una cruel tortura
Mezcla de ausencia, de dolor, de anhelo,
De fiebre, de ansiedad, de calentura.
Y hay quién dice, aun más, quien asegura
La voz del pueblo que es la voz del cielo,
¿Qué más almas en pena que sus almas?
Las dos unidas por amor en una,
Cual corona formada por dos palmas
Hoy se ven desgraciadas, sin fortuna,
De su pasión nacida entre el misterio,
Ven la amarga verdad de un desencanto,
Se trocó su jardín, en cementerio,
Su cielo en mundo, su sonrisa en llanto.
Y como al fin del alma los dolores
Van poco a poco el cuerpo consumiendo,
Como se mustian sin rocío las flores,
Inés, sin el calor de sus amores
Iba en la soledad languideciendo;
Y en esta situación indefinida
Llena de amor, de pesadumbres llena,
Era Inés en la aurora de su vida
La fiel imitación de un alma en pena.
A fuerza de sufrir desconsolado
Su virgen corazón en secreto,
Parecía su cuerpo demacrado
Una alma en pena que se había encarnado
En la horrible armazón de un esqueleto.

A tal grado llegó su pesadumbre,
Se encontraba tan próxima a la muerte,
Que Don Froilán, severo de costumbre,
Movido a compasión pensó en su suerte,
Y por la vez primera de su vida
Pensó en el porvenir de aquella hermosa
Flor por las auras del amor mecida,

Y cifró su esperanza más querida
En no morir sin verla muy dichosa.

Hízose entonces Don Froilán activo,
Conversó con las gentes de la aldea
Deseando inquirir alguna idea
Sobre el fantasma de aquel muerto o vivo
Que turbaba la paz de su sobrina,
Y oyendo aquí y allí varias versiones
De fantasmas, de espectros y visiones,
Por más que nos prohíbe la doctrina
Crear en brujerías y en agüeros,
El creyó que su Inés desventurada
Por conjuros satánicos y arteros
De alguna meiga se encontró embrujada.

Esta creencia sugirió en su alma,
Para aliviar el mal, un pensamiento;
Su sobrina podría hallar la calma
Alejada del mundo en un convento.
Tal fue la idea que acogió el buen Cura
Con entusiasmo en su cerebro frío;
El convento es la paz y la ventura,
El claustro y la oración todo lo cura
Penas, amor, remordimiento, hastío.

Así lo piensan muchos: que aun ignoran
Lo que ellos son y lo que a Dios le deben;
Ruegan a Dios sin comprender por qué oran
Y a nombrarle en las súplicas se atreven
No, nadie tiene su misión cumplida
Recorriendo las cuentas de un rosario,
Ni se gana tampoco la otra vida,
Al retirarse al claustro de un Sagrario.
El alma que domine a la materia
El que cumpla las leyes del Eterno,
Quien muestre caridad con la miseria.
Quien pague al odio con cariño tierno,
Ese será en el cielo el escogido;
(Pero dejemos la cuestión que es seria
Y sigamos el cuento interrumpido).
Hay padres sin conciencia y sin talento
Que creen para sus hijos un gran dote,
Si es un varón hacerlo sacerdote,
Si es mujer encerrarla en un convento.

Así pues Don Froilán que esto pensaba,
Por más que no contaba
Con la fiel vocación de su sobrina,
Torres de naipes en el viento alzaba;
Su educación basada en la rutina
Su inteligencia y corazón turbaba,
Era para el buen Cura una lisonja,
Una suprema sin igual ventura
Tener entre sus deudos una monja,
Como era Inés, angelical y pura.

Esta ilusión del viejo que se veía
Al borde de la fría sepultura
En él, (por no decir una locura)
Llegó por fin a ser una manía;
Y después de escribir cartas sin cuento
Al padre de su Inés y a la Prelada
De este o del otro místico convento,
Emprendió Don Froilán una jornada
A la ilustre ciudad de Compostela
Llevando a Inés consigo;
Pobre paloma que angustiada vuela
Lejos del sitio de su amor testigo.

V

EL ANGEL DE REDENCIÓN

Inés era una víctima expiatoria,
Una mártir tranquila y resignada,
El alma de un arcángel de la gloria
Que yacía en el mundo desterrada.
Como mártir y víctima sufría
Sin exhalar un ¡ay! su desventura,
Y en su interior la llama consumía
De su pasión angelical y pura;
Iba al convento contra su deseo
Quería obedecer, iba dispuesta.
A hacer su corazón verdugo y reo;
Sufre sin levantar una protesta
Contra la mano torpe y destructora
Que la arrebató de un hermoso cielo
En donde siente y ve, mira y adora
En unidad sublime, arrobadora,
Sueños, amor, felicidad, consuelo,

Y a tanto sacrificio, a tal desgracia,
En medio de esté cúmulo de males,
Sólo pide la mártir una gracia,
Que en víspera de entrar en el convento
La dejen visitar los hospitales,
Gracia que obtuvo al fin asentimiento.

En alas de su amor, al santo asilo
Con febril ansiedad, corre, buscando
El lecho de dolor, intranquilo
Y postrado, padece su Fernando;
Y a todos cuantos halla preguntando
Por él, como una loca, recorriendo
Va a las enfermerías; sale y entra
Examinando lechos, delirante
En su amarga aflicción pero no encuentra
Ni hay quien sepa noticias de su amante.

Un insensible y déspota enfermero
Dijo por fin oyendo sus gemidos
Pero con tono adusto y muy severo:
"La sala admiten los heridos
Es la de San Fernando, vaya al punto,
Pues ese enfermo, si es que no lo sabe,
Debo decirle que se halla tan grave
Que es muy posible que ya esté difunto".

¡Un sabio monje, un venerable anciano,
Fray Jesús de Sagunto
Con cariñosa y compasiva mano
Extiende un paño sobre un cuerpo inerte
Que tendido en el lecho ya reposa
En la actitud sombría de la muerte.
Cuando en la sala penetró la hermosa
Se aumentó su aflicción y su quebranto
Ante tan triste y desolada escena,
Y al convertirse en lágrimas su pena
Se nublaron sus ojos con el llanto.

¡Ay! ¡Este asilo santo
En donde muere el pobre y el mendigo
Con el auxilio de la fe cristiana,
Cuántas veces y cuántas fue testigo
De las desdichas de la vida humana!
--Tened resignación, dijo el anciano
Que comprendía su dolor profundo,

Tal es el fin del hombre, todo es vano
Fútil y pasajero en este mundo;
Cuando se pierde el corazón humano
En el inmenso aterrador abismo
De sus mezquinos sueños y pasiones
Que vuelva a Dios los ojos,
Dios le dará el valor y el heroísmo,
Dios tornará en placer sus aflicciones
Y en flores eternas sus abrojos.
Mirad, pues, para Dios, El es la calma
De vuestra angustia y aflicción extrema,
Consagraos a Dios en cuerpo y alma
Y obedeced la voluntad suprema.
Hay entre vuestro amor algún misterio,
Es preciso alguna víctima expiatoria,
Sufrid en esta vida transitoria,
Dejad este despojo al cementerio
Que Dios os ha de unir allá en la gloria.
Voy a leeros el postrer escrito,
El último deseo de este triste
Que murió para el mundo y sólo existe
En los senos de Dios..., en lo infinito.

... ..

"¡Adiós Inés... si tanto me has querido
Que no olvides mi amor mientras que vivas,
Como postrer recuerdo yo te pido
Que guardes estas pobres siemprevivas!
¡Ya me siento morir... si el cielo quiere
Que lleguen a tus manos estas flores
Tenlas como un legado del que muere
Pensando en Dios, pensando en tus amores!
¡Cuando sufras, Inés, en tu retiro
Mira para estas flores desgraciadas
Con la misma, pasión con que las miro;
Ellas llevan mi aliento y mi suspiro,
Ellas llevan la luz de mis miradas!
¡Oh mi adorada Inés... no, nunca quieras
Olvidar estas tristes siemprevivas,
Que las besen tus labios cuando mueras...
Que las miren tus ojos mientras vivas...!
¡Son el emblema de mi amor profundo,
Mis esperanzas, mi feliz consuelo,
Conversa tú con ellas en el mundo,
Por ellas te hablaré yo desde el cielo!

¡Adiós, Inés, adiós, desde la gloria
Yo rogaré por ti mientras que vivas
Y en tanto espero allí... piensa en la historia
De las dos desgraciadas siempre vivas”.

.....

Después de un año, y en el mes de Mayo,
Tomaba Inés el hábito y el velo
En el claustro de monjas de San Payo
Siendo de paz y de virtud modelo.

¡Oh, designios del Cielo!
¡Un amor desgraciado, una locura
Perdiera el corazón de Áurea María,
Otro amor inocente y sin ventura
Con fiel resignación lo redimía!

Desde entonces Inés, sobre la losa
Que los restos mortales encerraba
De la infeliz y mártir religiosa,
Como ofrenda del alma cariñosa
Dos sencillas *perpetuas* colocaba.